



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVII

DECARO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13708

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR, 24

CONDICIONES

En la PENINSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

LUNES 5 DE AGOSTO DE 1907

El pago será siempre adelantado y en metálico 4 en letras de fácil cobro.—Cuentas poseales en París: Mr. A. Lorré, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg-Montmartre.

EN PLENA FERIA

LA CORRIDA

(Fragmento)

A mi querido amigo D. Antonio Oliver.

La corrida ¡bien venga la alegre fiesta a la que el sol de España sus brillos presta; donde lucen las hembras su bizarría, y sus ojos son soles de mediodía; y en la cabeza airosa de flores llena, sobre la altiva frente blanca ó morena, la graciosa mantilla baja y descende y en sus redes de encaje las almas prende; y los talles se encierran en el corpiño donde la gentileza dejó su alifio, y la falda de seda y acarelada amarilla ó bermeja, verde ó morada, deja un pie inverosímil al descubierto, pie de ninfa pisando rosas de un huerto; y sobre el zapalito y aprisionado de la media de seda por el calado, algo que fuera digno de los cinceles inmortales de Fidias y Praxiteles.

El sol quema los aires: sus rayos rojos como aristas de fuego hieren los ojos; y al caer encendidos sobre la gente, remediando aquel beso del tibio ambiente, el vendedor pregona la limonada, y el refresco espumoso, y el agua helada; y un millar de abanicos el aire agitan, y al moverse parece que el vuelo imitan de una legión flotante de mariposas que á mirar á las gentes llegan curiosas; se abren los quitasoles en el tendido, y pronto por las gradas queda esparcido un tapiz de sombrillas, pintada alfombra que proyecta lunares de fresca sombra, y que al sol le presenta los esplendores de guirnalda de discos de mil colores.

Ya el Alguacil asoma, su ferrechuero y su negra ropilla de terciopelo, y el chambergo apuntado de donde arranca, encorbada y airosa la pluma blanca, y el jerezano potro que entre escarceos luce la gentileza de sus arreos, tienen la gala suma, la bizarría que muestran los ginetes de Andalucía, y los potros de sangre con ardimiento reyes de la elegancia, reyes del viento.

¡Que buen toro! De potros dejó sembrado el anillo anchuroso y esarado. Suena el clarín: se alejan los picadores y una gentil pareja de lidiadores, de rebiletes armada, salta en el ruedo y al toro á cuerpo libre cita sin miedo. Arráncase la fiera ... con gentileza uno de ellos la agaña y en la cabeza de la res el par quiebra... Suena estruendoso un aplauso en el Circo, y algo envidioso de los lauros que gana su compañero, cita al toro el segundo banderillero. Pero la res no arranca... Corre valiente á su encuentro el torero, llega á la frente, pide auxilios al arte y á la fortuna, ve que derrota el bicho, pero se encuna, y jugando la vida y á todo riesgo deja un par admirable clavado al sesgo. Rompe en aplauso loco la plaza entera; y obsequiando á la gente banderillera, desde el tendido al ruedo vuelan bizarros millares de sombreros y de cigarros.

Francisco Arroniz.

PARA MI NIDO⁽¹⁾

A UNA NIÑA

¿Tú no sabes por qué yo hago versos y canto incansable como el pajarillo que busca en los campos, canta que te canta, su grano de trigo? Pues es, dulce prenda, porque como el pájaro también tengo nido, y en él mis hijuelos que sé que me esperan abierto el pico... ¡todo el santo día, pio... pio... pio...

¿Tú no sabes por qué canto triste? Pues es porque he visto sobre el árido campo sin mieses muerto un pajarillo que, cantando, camando, buscaba su grano de trigo... es porque deshecho vi también el nido y en él sus hijuelos muriéndose de hambre y abierto el pico, ¡todo el santo día, pio... pio... pio...

Vicente Medina.

(1) Del nuevo libro «Poesía», en prensa.

por el salón de la feria, con la gallardía que ostentan los astrós en su curso por el campo azul de lo infinito; y al entrarla en medio de los millares de luces que, agrupadas cual coros de estrellas, formaban apropiado marco á su hermosura, se regocijó mi alma de tal suerte, de tal modo se hechizaron mis sentidos, que allí la proclamé reina de mi corazón.

¡Qué buena es! Y es hermosa como la primera estrella de la mañana, escultural, con más majestad su espléndida figura que todas las realezas juntas, y con más alegría que juntas todas las primaverales auroras. ¡Es el ideal del ensueño que acaricié toda mi vida!

¡Qué buenas y qué hermosas son las flores! En sus aromas y matices llevan alegría y felicidad, goce infinitos y afectuosos secretos que proporcionan y descubren á quienes las aman con verdadero entusiasmo.

Mi reina, mi hermosa es una flor... Como los pueblos orientales, hice una religión de estos amores.

Antonio Pérez Campillo.

De huerta y campo

...Los huertanos de Murcia y los campesinos de por acá, ofrecen en estos días de fiesta y bullficio, un detalle que nunca deja de llamar nuestra atención. Ellos, que resisten valerosamente durante todo el año, trabajando la tierra, las calicias del sol recordador que les tostó la piel, vienen á la ciudad provistos de sendos paraguas y sombrillas con que defenderse de esas miradas caricias, mientras pasean por nuestras calles.

¿Por qué hacen eso los huertanos y campesinos? ¿Se trata de un lujo á su modo de una ironía? ¿Usan del paraguas y la sombrilla, como de las prendas de vestir de los días solennés, ó tiene para ellos el carácter de un hábito en acción? A juzgar por el aspecto zumboso de algunos, podría creerse esto último; pero la natural seriedad de otros muchos, nos inclina de un modo casi decisivo á lo primero.

Son muy pocos los que de ellos vienen con las manos vacías; los que no traen los artefactos, mencionados, suelen usar una cayada ó garrote, con honores de arma defensiva ofensiva; á juzgar por sus respetables proporciones. Esos huertanos, de tal suerte documentados en el uso de las terneras idílicas ó elegidas de que los hace protagonistas su grácil cantor Vicente Medina. Mejor nos recuerdan aquel Brinco famoso, al que siempre bastaba uno solo de sus mortales estacazos.

¿Pues y las huertanas y campesinas? Esas sí que son dueñas de un arma formidable; su hermosura natural, todo verdad, sin composturas ni afeites. También ellas matan como el Brinco pero sin palo. Matan con sus miradas, con sus provocadoras miradas de fuego, pero de un fuego contra el cual nada valen paraguas ni sombrillas, porque en él se cae indefectiblemente, como las mariposas en la luz...

V. Benito Medina.

Pirotecnia Popular

El sábado se quemó el primer castillo de fuegos artificiales, y la explanada del muelle robaba de espectadores de todas las categorías sociales.

Este festejo es muy árabe, muy resonante, muy multicolor, muy meridional, y por ende, muy español y muy popular.

Los fuegos pirotécnicos tienen en sus tracas ensordecedoras, remembranzas de nuestras luchas épicas; en sus fugaces colores de luz, tonalidades de nuestro cielo y de nuestros jardines; en sus fogonazos y en sus torrentes de pólvora incendiada, reminiscencias de nuestro carácter impetuoso y de nuestro fogoso espíritu.

La lluvia de bengalas de vario colorido y fulgidos chispazos, es el recuerdo de nuestra riqueza de oro y poder, que apareció en la noche de nuestra insignificancia mundial en épocas meridionales, y murió en breve entre las sombras de nuestra decadencia prematura.

Los fuegos artificiales reúnen en lo esencial de sus efectos, las dos notas típicas de nuestra psicología histórica: lo trágico y lo fantástico.

Toda nuestra leyenda secular desde Nubancia á Lepanto, desde Coyadonga á Trafalgar, es la característica trágica de nuestra epopeya.

Las empresas todas desde nuestros almogavares hasta nuestros aventureros de América; desde nuestras órdenes de caballería hasta nuestros guerrilleros de la Independencia, son la gráfica histórica de nuestra fantasía meridional.

Toda nuestra literatura puede simbolizarse en una leyenda multicolor. Toda nuestra leyenda épica no es simbólicamente más que una traca.

Nuestra vida nacional es en su arto como un cohete que se deshace en chispas múltiples de vivas fosforescencias; en su ocaso como el trueno gordo de una traca que se termina.

Si observamos atentamente á las muchedumbres españolas en sus éxtasis contemplativos, las veremos en igual grado de intensidad en su admiración, cuando mira pasar un ejército, que va á la guerra, que cuando contemplan arder un castillo de fuegos artificiales.

Todo espectáculo que mejor refleje la síntesis de la vida nacional, hace palpar mejor el alma popular.

Este es el secreto de los fuegos artificiales, y por eso, este festejo es el que hace gozar más al pueblo, sobre todo en los países meridionales.

Los fuegos artificiales son en el arte una nota de luz y de color abigarrada, pero que hace gozar á todos, porque sólo tiene á sugestionar la fantasía, y esta es en los meridionales su idiosincrasia.

Y en los festejos populares, no hay que buscar lo que haga pensar, ni lo que haga sentir, sino lo que haga gozar.

El progreso hará cambiar la naturaleza de las expansiones populares.

Entre los torneos de la edad media y las corridas de toros á la moderna, estas representan un progreso.

Del correr la pólvora de los árabes, á nuestros fuegos artificiales, estos significan un adelanto.

En la vida no hay que ser empíricamente progresista, es más lógico ser oportunista.

Después de todo los fuegos artificiales son una nota francamente naturalista. Todo es en la vida, y en la naturaleza fugaz y breve: «humo es la vida» dijo el poeta.

De los fuegos artificiales solo queda al terminar, humo también.

Y como al pueblo le gusta y pues lo paga es, justo....

F. Martínez Rubio.

Flores y mujeres

Una de estas interminables tardes calientes y á la hora en que el sol agoniza, me dirigía hacia la orilla del mar, ansioso de respirar á plenos pulmones y de presenciar el sugestivo desfile de muchachas que rebosantes de alegría pesan á nuestro lado, llenándonos de cosquilleos el alma con sus miradas y sus sonrisas.

Recorrí varias calles de tristán aspecto cuyas casas exteriorizan el poco entusiasmo que sus miradores sienten por la naturaleza. No hay en sus balcones florentes macetas donde las flores puedan los besos de la fresca brisa; los feroces barandales sin el colorido verde de las enredaderas, tienden de notas alegres las ahuyenta la mirada decorativa de aquellos mariposeros.

quienes sienten con entusiasmo estos amores que constituyen una religión en los pueblos orientales.

Por fortuna, va arraigando aquí el amor á los vegetales, si bien, son las flores las predilectas, y aun entre ellas hace el amor distinciones. Unos adoran los crisantemos, otros rinden culto á las camelias; cuáles prefieren las hortensias, quíenes las rosas.

En todos tiempos hubo privilegios, y aunque los abominemos, bendigamos ese amor y dediquemos un aplauso á esas almas sensibles, á esas almas de artista que cariñosas cuidan sus tientos de flores.

Pensando en esto, caminaba yo por aquellas calles de tristán aspecto, que tan fácilmente pudieran tirarse de alegría, y deseoso de hallar alguna nota de color, deslizaba mi vista por una y otra fachada, cuando una oleada de aromas y frescuras alegró de improviso mis sentidos é hizo palpar mi corazón con el delirio de una gran esperanza.

En una casa de fachada gris y escueta, y apoyada en la baranda de no muy alto bastión, encontraron mis ojos á una joven de ojos muy grandes y oscuros cabellos, sonrosada como la flor más bella. Le acompañaba un gigantesco lirio, cuyas glaucas hojas

movidas por la brisa, semejaban murmurar al oído de la joven cosas misteriosas que ella escuchaba sonriente como si le recordasen sus divinos ensueños primaverales. Fijo su mirar en un clavetón bermejo que acariciaban sus labios cual si fuera el objeto de los pensamientos que llenaban de goce su alma, no se percibió de mi presencia en el portal de enfrente, desde donde la miré con el contento del que halla un oasis tras largo caminar por desiertos arenales.

¡Qué bien se respiraba allí! Ya tenía la calle los necesarios encantos: matices, aromas, frescuras... ¡Lo que pueden las hermosas y las flores!

Lanzó un suspiro la hermosa, besó el clavel, y alzando la cabeza, nuestras miradas se encontraron. Al rayo de su mirar sentí asemejarse los átomos de mi cuerpo á moléculas del sol, y transformarse la casa de fachadas grises y escuetas en jardín de mis ensueños. Desapareció la joven y continué mi camino hacia la orilla del mar, acariciando ideales como los que vibraban en las ramosas canciones de las hojas del lirio.

Transcurrieron algunos días cuando la volví á ver en noche para mí de feliz recuerdo. Paseaba la joven de ojos muy grandes y oscuros cabellos